



En la desembocadura de su hermoso lago, Zúrich se levanta **elegante** y **ordenada**, pero con una compleja **vitalidad** que sorprende al viajero. Su historia es la lucha de un largo esfuerzo para superar su aislamiento geográfico y convertirse en uno de los centros culturales y financieros del mundo.



VIAJE DE
INVIERNO
A ZURICH

La conquista del centro

TEXTO Y FOTOS: Rafael Chirbes

Zúrich es muchas cosas a la vez. La ciudad compagina su apacible paisaje con la frenética actividad comercial y nocturna

Los otros suizos hacen chistes a costa de los habitantes de Zúrich. Los acusan de presumidos, de ricos (Zúrich, así, separado, quiere decir en alemán "demasiado rico"), se ríen de lo que consideran excesivas pretensiones y fanfarronería, aunque, en el fondo, por detrás de esas recriminaciones, lo que uno detecta es sólo un punto de innegable admiración. Uno intuye que Zúrich es el metro con el que los demás suizos se miden.

Los ginebrinos te dicen que Ginebra es más elegante. Y los berneses están convencidos -y con razón- de que en Zúrich no hay ninguna calle tan hermosa como la que, en su ciudad, acaba en la bella torre gótica del reloj: una calle medieval, ancha y flanqueada por nobles casas pertenecientes al antiguo patriciado. "En Zúrich -dicen los berneses, y no les falta razón- las casas de la vieja ciudad son modestas, verticales e irregulares y forman callejones tortuosos". Y si se trata de berneses elegantes, lo dicen salpicando de palabras en francés su alemán, como salpicaban el ruso los nobles de Guerra y paz como un toque de clase. Los zuriqueses hablan rigurosamente su dialecto alemán.

Claro que Ginebra, con su serenidad de grandes hoteles y sedes de organismos internacionales, tiene un pulso más oculto y débil en sus manifestaciones exteriores, lo que hace que el visitante, sin perder ni un ápice de su admiración hacia su belleza y poderío, se descubra bostezando de vez en cuando. Y Berna, por su parte, es una encantadora ciudad de provin-

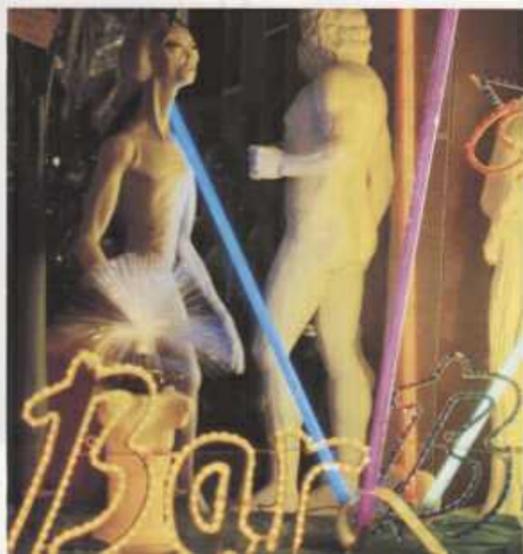
cias, aunque (si los berneses me lo permiten y no se enfadan) se le acaba un poco demasiado pronto al viajero y lo deja con hambre. Es como un canapé delicioso que se termina demasiado pronto y te deja con la miel en los labios: por su geografía, bella, pero uniforme y pequeña, pero también por su "tempo" vital: A las diez de la noche duerme Berna plácidamente y le da la espalda a quien la visita.

Zúrich es otra cosa, resbaladiza, difícil de definir, compleja bajo su aparente orden de tranvías que llegan mansamente a la parada, de bicicletas que circulan silenciosas, de parques por los que pasean melancólicos caminantes acompañados por un perro, de puntiagudas techumbres cubriendo las casas de sus callados callejones medievales en los que uno siente cierta desazón, como de que le falta algo, hasta que descubre que lo que le falta es el ruido de los automóviles. Pero todo eso, y la superficie del lago, y los patos cuelliverdes, fulicas y cisnes que se protegen del viento frío en los bordes de los muelles, no es más que un celofán que puede engañar a quien pasa por la ciudad precipitadamente, ya que se trata de un orden que no es el preámbulo del sueño, ni del aburrimiento, sino la razonable organización de una actividad febril.

Los más de cuatrocientos mil habitantes de la ciudad de Zúrich (que, con los de sus alrededores, llegan al millón) componen un cuadro humano rico, complejo, agitado, en el que se mezclan los banqueros y altos ejecutivos de empresas de tecnología punta, los especuladores de la bolsa, los joyeros y pro-



Un orden y escenario que no es el preámbulo del sueño, ni del aburrimiento, sino la razonable organización de una sorprendente vitalidad



CIUDAD CALLADA Y APACIBLE EN SU CAPARAZÓN, PERO TAMBIÉN RUIDOSA Y NOCTÁMBULA



pietarios de galerías de arte, los trabajadores de tiendas y locales de hostelería, los comerciantes extranjeros o de otros cantones suizos en viaje de negocios, los obreros; casi siempre emigrantes, los turistas: un ordenado hormiguero en el que conviven serbios, italianos, españoles, chinos, tailandeses, turcos, o latinoamericanos, y por el que pasean rebaños de japoneses que uno no sabe si practican el turismo, espían para la industria de su país, copian diseños, o entierran dinero en alguna de las cajas fuertes de esta ciudad contradictoria, que es como el río de Heráclito, una y constantemente diversa. Una ciudad que, por su difícil posición geográfica, seguramente ni siquiera debería existir, y que, sin embargo, a fuerza de un misterioso voluntarismo ha conseguido convertirse en uno de los centros del mundo, sin perder ni un ápice de su personalidad, sin sacrificar su gesto de provinciana distraída y un tanto altiva.

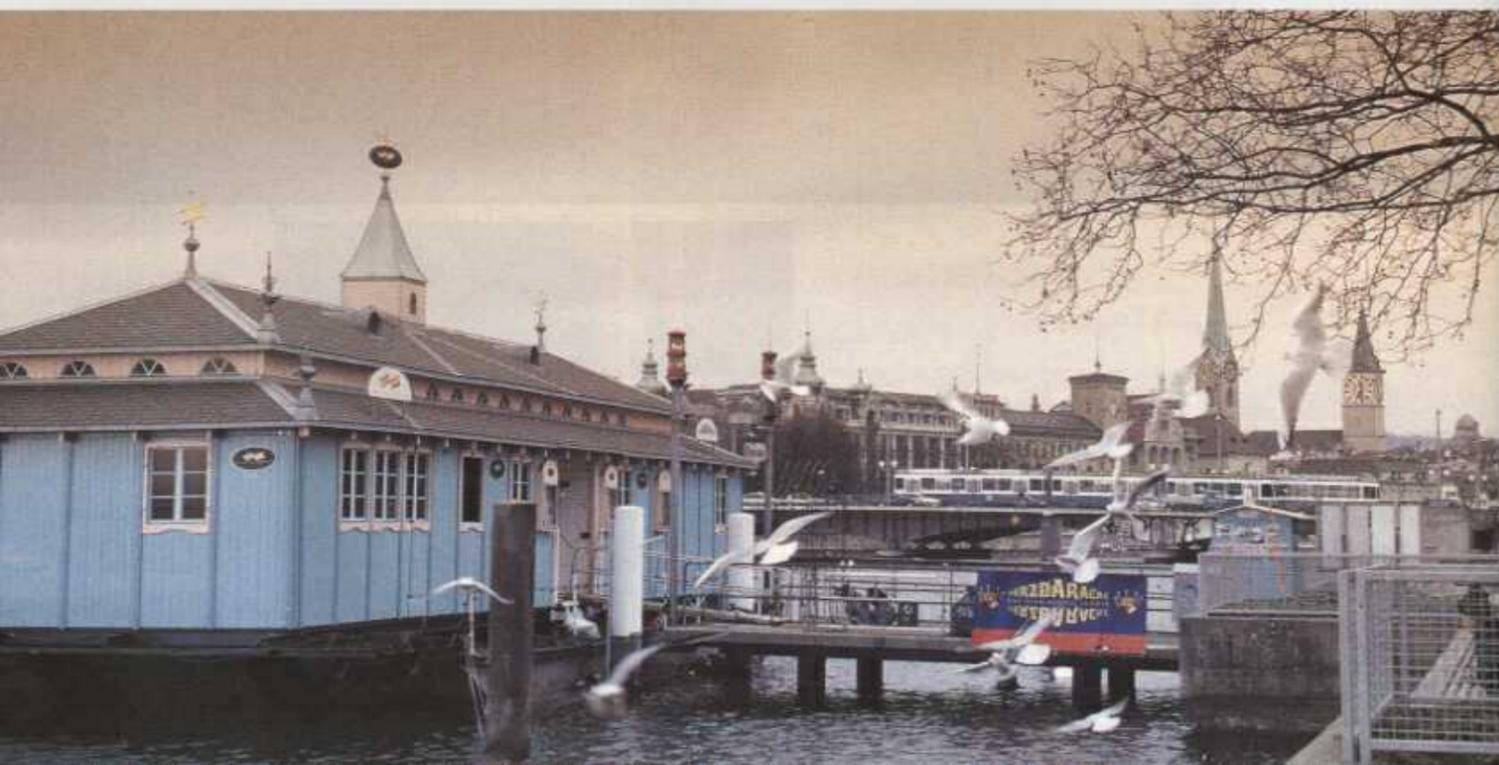
Fijense ustedes si es contradictoria esta ciudad, que, partiendo del puritanismo del reformador Zuinglo, que predicaba la iconoclastia y perseguía las manifestaciones de ostentación, ha llegado a ser un punto de referencia para el arte contemporáneo: sus severas y un tanto tristes iglesias románicas y góticas aparecen

Giacometti, Bacon, Picasso, Pollock, Jasper Jones, Miró, y tantos otros.

La Bahnhofstrasse, la calle que, como su nombre indica, empieza a las puertas de la Estación Central y termina en los embarcaderos del lago, de donde zarpan las barcas de recreo que navegan rodeadas por uno de los más bellos panoramas del mundo, está plantada de tilos y recorrida por viejos tranvías que se reparten pacíficamente la calzada con los peatones; en su poco más de un kilómetro de longitud concentra decenas de firmas comerciales de lujo y muestras innegables de esa ostentación que Zuinglo hubiera condenado. Pero, como se trata de la contradictoria Zúrich, tampoco uno se atrevería a afirmar que la Bahnhof es una calle de uso exclusivo para cierta élite, puesto que los habitantes de los barrios periféricos y de las cercanas poblaciones la invaden cada día (más de cien mil personas entran cotidianamente por esa estación) a la hora de hacer sus compras y junto a esas encopetadas firmas de renombre internacional, abren sus puertas animados cafés, librerías, pastelerías y hasta hamburgueserías: todo es en la Bahnhof a la vez que elegante, popular. Se demuestra también en esa calle la capacidad de la ciudad de Zúrich para ser muchas cosas



A FUERZA DE UN MISTERIOSO VOLUNTARISMO HA CONSEGUIO SER UNO DE LOS CENTROS DEL MUNDO



desnudas de adornos y retablos, desangeladas, vacías, mientras que los escaparates de anticuarios y galeristas que ofrecen lo último del arte europeo se suceden en las calles del centro, algunas de ellas propiedad de bancos y empresas de seguros. La banca Bauer posee una importantísima colección de pintura, mientras que Crédit Suisse, además de organizar conciertos de música clásica y de jazz, expone en su propia galería Le Point, situada en la sede central de la empresa en la Paradeplatz y es el principal mecenas de la Kunsthaus, el museo de Bellas Artes, en cuyas salas se almacena una de las más importantes colecciones de arte contemporáneo del mundo: esculturas y cuadros de Manet, Monet, Kokoscha, Munsch, Kandinski,

a la vez, para escaparse de las definiciones más sencillas. El río de Heráclito, hecho con agua que nunca es la misma.

Ciudad río nacida de un río, el Limmat. Los romanos construyeron un puente en el lugar donde desaguaba una notable masa de agua de origen glaciar, un lago que en algunos puntos alcanza los cuatro kilómetros de anchura y que, por tanto, soldados y comerciantes latinos no podían cruzar. El puente se convirtió así en un lugar de obligado pasaje, y, por lo tanto, en un enclave decisivo, ya que, además de servir a las comunicaciones, se utilizaba como aduana y como punto neurálgico en el control militar de la comarca. Junto al puente levantaron una modesta fortaleza en la pequeña colina de la ori-

lla izquierda del Limmat, en una explanada que hoy forma la plaza Lindenhof, un lugar que muchos turistas y zuriqueses eligen cuando quieren gozar de una bella panorámica de la ciudad. Es probable que el emplazamiento del puente estuviera a la altura del actual que en alemán se llama Rathausbrücke, y en dialecto zuriqués Gemüsebrücke, o Puente del Ayuntamiento, y que, hasta entrado el siglo XIX fue el único que unió las dos orillas. También ahí debió de estar el primer puerto de la Zúrich, que el desarrollo de las comunicaciones terrestres fue convirtiendo en inútil.

A lo mejor fue esa primitiva función de lugar de paso la que marcó desde muy temprano la vocación comercial de una ciudad que parecía condenada por

Bajo su aparente equilibrio de tranvías y callados callejones Zúrich es muy ecléctica. Está repleta de posibilidades para el turista.



La fascinación de los intelectuales y artistas por Zúrich ha sido una constante en la historia y la ciudad ha sabido enriquecer su vida local.

ros, construida en 1723), Haue (de los artesanos y pequeños comerciantes, de 1442). Zimmerleuten (de 1768, propiedad de carpinteros y albañiles). En la actualidad se afilian a estas corporaciones, aunque no sea más que de manera simbólica, los grandes burgueses de la ciudad, que consideran su pertenencia a uno de estos clubes como un signo inevitable del éxito en la promoción social dentro de la comunidad y que han convertido parte de esos locales en restaurantes en los que se enorgullecen de celebrar sus fiestas y conmemoraciones.

Fue sin duda ese carácter libre y ajeno al poder de la nobleza el que permitió que la ciudad se abriera a una tradición de refugio para hombres libres, carácter que mantendrá a lo largo de los siglos: desde los tiempos de la reforma de Zuinglio, un hombre que fue amigo de Calvino, el reformador de Ginebra, y que estuvo en contacto con las ideas avanzadas de Lutero, y de Erasmo de Rotterdam, que vivía en la cercana ciudad de Basilea, hasta la actualidad. Y muy especialmente desde los primeros años del siglo XIX. En Zúrich, los revolucionarios alcanzaron el poder municipal en 1830, y, al contrario que en otros lugares europeos, que vieron cómo se cerraba ese movimiento con medidas reacciona-

tada de más de ciento cincuenta mil ejemplares, cifra que no está nada mal para un cantón que apenas sobrepasa el millón de habitantes, de los cuales una buena parte son emigrantes que no leen habitualmente en alemán.

Ese flujo de exiliados se repetiría periódicamente en la historia de esta ciudad que las leyes de excepción de Bismarck contra los dirigentes obreros en Alemania acabaron convirtiendo en una especie de capital de facto de la socialdemocracia europea; y si en los años previos a la revolución soviética la ciudad acogió a Lenin (una lápida señala la casa donde vivió), más adelante recogería a los fugitivos del nazismo, como Thomas Mann, cuya fundación se encuentra aquí, y que situó en la cercana estación alpina de Davos la acción de su soberbia *La montaña mágica*, o Bertold Brecht, que presenció en la Tonhalle el estreno mundial de su *Madre Coraje* en 1942, en plena guerra mundial.

La fascinación de los intelectuales y artistas por Zúrich ha sido una constante en la historia y la ciudad ha sabido enriquecer su vida local con el pensamiento y la obra de esos exiliados y de los visitantes que la han amado. De hecho, y por citar sólo algunos ejemplos, a la inauguración de la sala de concier-

estrenó en Zúrich su sorprendente *Lulú*, que hasta 1967 no se representaría en Viena; y Paul Hindemith asistió, en 1938, a la primera representación de la revolucionaria *Matías el pintor*.

Lo más sorprendente en la historia y configuración de la ciudad es que su capacidad centripeta surge a partir de unas coordenadas geográficas desfavorables, de una negativa de sus habitantes a aceptar las condiciones que la naturaleza les ha impuesto. En el siglo XIV, Zúrich era ya una importante ciudad textil y los comerciantes recorrían Europa, desde Italia hasta los Países Bajos, con sus cargamentos de seda. En el XIX, un hombre como Alfred Escher le dio el impulso definitivo a la ciudad. Escher fue un hombre prodigioso, que, siguiendo la tradición puritana de Zuinglio, defendía el espíritu unitario del republicano y combatía el culto a la personalidad, mientras abría el ferrocarril del Gotardo, una proeza técnica que puso Zúrich en la vecindad de Italia, y creaba, en relación con ese proyecto, una serie de industrias mecánicas, y para financiarlas, establecía bancos como la Unión de Banques Suízos y casas de seguros, como el *Crédit Suisse*, inaugurando la vocación financiera zuriquesa. En mitad de los Alpes, Escher fabricó, a partir de 1840, motores para barcos de vapor. ¿Cómo

almacenes *Jelmoli*, las pastelerías *Sprüngli*, los chocolates *Lindt*, o el gran hotel *Dolder*, uno de los clásicos del mundo, son algunos de esos referentes que solidificaron el prestigio de esta ciudad de ciudades a lo largo del pasado siglo, y que han contribuido a darle esa personalidad compleja que hoy la define: Zúrich es callada y apacible en su caparazón pero se permite ser ruidosa en sus cervecerías y restaurantes, y también desvergonzada y noctámbula. Zúrich, con todo lo que tiene de apacible ciudad de bolsillo, es muchas cosas a la vez. Y no conviene olvidarlo. Porque, si uno la visita en invierno, la descubre gris y sin horizonte, con el agua helándose en los surtidores de sus fuentes (tiene más de mil trescientas fuentes la ciudad), y con sus habitantes envueltos en carísimos abrigos de pieles. Luego, de repente, sopla el viento del sur, y se produce ese efecto climático de inversión térmica que se conoce como efecto *Föhn*, y el horizonte se abre, y la mirada descubre la belleza que se escondía detrás de la masa de nubes y el agua del lago se vuelve azul y deslumbrante, como si fuera el mar de Capri, y, por detrás y por encima de ese agua, se elevan los nevados picos de los Alpes de la región de Glaris y de la Suiza central: *Glärnisch*, *Tödi*, *Windgällen*, y el

LA DE ZÚRICH ES EL METRO CON EL QUE LOS DEMÁS SUÍZOS SE MIDEN

su geografía al aislamiento. Ya en el siglo XIV, Zúrich empezó a diferenciarse de sus vecinas porque se había librado de las familias nobles y era una ciudad organizada desde cierta concepción republicana de las instituciones de gobierno en las que pesaba indudablemente el poder de artesanos y comerciantes: esa configuración social marcó el urbanismo, sus casas modestas, sus calles estrechas y tortuosas, la escasez de palacios y ostentosos edificios privados. Aún hoy, sobre los muelles del río se levantan las más sólidas construcciones: el ayuntamiento y las que edificaron las corporaciones de comerciantes, o *Zunfthäusern*. Los zuriqueses conocen cada una de ellas por el nombre que recuerda su origen: *Saffran* (la de los especie-

rias, los zuriqueses impusieron una serie de medidas en favor de la libertad económica, la educación popular y la igualdad política.

Por ese motivo, siguió convirtiéndose Zúrich a lo largo de ese siglo en centro de acogida de muchos de los derrotados protagonistas de las posteriores revoluciones europeas, incluida la de 1848, lo que enriqueció su vida cultural y universitaria muy por encima de lo que al peso de la ciudad parecía corresponderle. La universidad de Zúrich se enorgullece de haberle dado al mundo diez premios nobel, entre los que se incluyen Einstein y Molsen. Y los zuriqueses comentan orgullosos cómo en su ciudad se imprimen todos los periódicos suízos de lengua alemana, el más importante con una

tos *Tonhalle* acudió Brahms. Goethe mantuvo estrechas relaciones con Zúrich y la visitó en varias ocasiones. Y también Wagner. Mientras que James Joyce, cuya memoria, como la de Mann, recoge una fundación zuriquesa (financiada por la poderosa *Société de Banque Suisse*), eligió para vivir esta ciudad vivero de vanguardias, no sólo políticas, y que vio nacer en uno de los callejones de la orilla derecha del río *Limmat*, en el mundialmente célebre y hoy desaparecido *Cabaret Voltaire*, el dadaísmo, ese movimiento que impulsó entre los escombros de la Primera Gran Guerra *Tristán Tzará*, que fue casi tan iconoclasta como el del propio Zuinglio, y después del cual ya nada en la cultura universal volvería a ser lo mismo. *Alban Berg*

no hablar de triunfo de la voluntad? La presencia del modesto lago no justifica por sí solo ese proyecto.

Una escuela técnica, que fue la madre de la actual universidad, completó los proyectos de Escher, que mantuvo la tradición de asilo de la ciudad: obreros procedentes de Italia, Alemania, Austria y la Europa del este se instalaron en las afueras de Zúrich, en el barrio que se extiende entre el río *Limmat* y su afluente, el *Shil*. Su actividad inició esa etapa de esplendor urbano que se prolonga hasta nuestros días, y que ha logrado que la ciudad compagine la dureza de las actividades industriales con la levedad bancaria y con otras actividades que la ponen en el circuito de las capitales del buen gusto: los grandes

paisaje posee la belleza de un alegre recortable que anuncia otra ciudad: el Zúrich deslumbrante del verano, con las terrazas y sombrillas cubriendo buena parte de calles y plazas y contapunteando el verde de los jardines a la orilla del lago, el Zúrich de los bañistas que se tienden al sol y chapotean en el agua: una ciudad que parece casi tan intrascendente como una estación balnearia del Mediterráneo. Claro que, en esos días azules y despreocupados en los que la ciudad estalla de vida tampoco conviene olvidar que, bajo la intrascendencia de la superficie, sigue trabajando en silencio, en la opacidad de las cajas fuertes y sótanos de los bancos, esa cosa tan seria y trascendental que se llama dinero. ■

COMO LLEGAR

La ciudad de Zúrich cuenta con una excelente red de comunicaciones cantonales e intercantionales. Desde el exterior del país se puede llegar a la ciudad en avión. El moderno y bien organizado aeropuerto de Zúrich-Kloten conecta directamente con más de centenar y medio de destinos de todo el mundo. El tren es otra posibilidad nada desdeñable a la hora de llegar a Zúrich, que además cuenta con un complejo y ordenadísimo sistema de comunicaciones locales, que incluyen autobuses, tranvías, funiculares, un par de ferrocarriles privados y servicios de transporte acuático a través del lago.

DONDE HOSPEDARSE

La ciudad se enorgullece de su impresionante oferta hostelera, pero el viajero debe reservar con anticipación su habitación, ya que el turismo y los negocios logran que muchos de esos hoteles -con habitaciones para fumadores y no fumadores, rigurosamente marcadas- se encuentren saturados la mayor parte del año. A los viajeros con menos poder adquisitivo conviene advertirles de que, del mismo modo que los servicios suelen ser excelentes, los precios resultan muy elevados. Esta última observación sirve para restaurantes, lugares de copas, espectáculos y comercio en general. La mayoría de las encuestas colocan Zúrich entre las ciudades más caras del mundo, si no como la más cara.

El más célebre y lujoso hotel de la ciudad es el *Dolder Grand Hotel*: todo un clásico del gran mundo desde principios de siglo (fue inaugurado en 1895), que comparte prestigio y estrellas con el también clásico *Baur au Lac*, situado, como su nombre indica, a orillas del lago, mientras que el *Savoy Baur en Ville*, también de cinco estrellas, y que cuenta con un apreciado cóctel-bar, se levanta muy cerca de la estación. Completan la lista de lujosos hoteles zurichenses *Arabella Sheraton Atlantis*, *Eden au Lac*, *Renaissance Hotel Zürich*, *Widder*, *Zürich Airport Hilton* y *Zürich Marriot Hotel*. Hay medio centenar de hoteles de cuatro estrellas y casi un centenar de tres. La ciudad cuenta con un teléfono para reservas e información; Tf: 215 40 40. Fax: 215 40 44.



QUE HACER

Elegante, refinada, pero en absoluto pacata, ni cerrada, Zürich es una ciudad repleta de posibilidades para el turista, que se sorprenderá de la vitalidad que rezuma esta ciudad en la que la actividad se prolonga hasta bien entrada la noche. La Bahnhof Strasse, o calle de la estación, concentra bajo los techos en poco más de un kilómetro un excitante número de comercios de moda, joyería o cosmética que exhiben los más prestigiosos logotipos del mundo, así como cafeterías, librerías y hasta hamburgueserías. El comercio se prolonga por la ciudad vieja a partir de la Weinplatz ocupando los barrios a ambas orillas del río (Rennweg, Strehlgasse, Augustinerhof, en la izquierda; las viejas casas gremiales en el muelle, Niederdorfstrasse, Neumarkt, en la orilla derecha) una zona en la que también abundan los cafés, restaurantes, salones de té, negocios de artesanos, anticuarios y galerías de arte.

La ciudad histórica, que estuvo hasta mediados del siglo XIX rodeada por la muralla, se conserva magníficamente y merece un recorrido atento por sus estrechos callejones, así como la visita a algunas iglesias como la Grossmünster de la orilla derecha, que es la catedral, y posee una hermosa cripta y un claustro románicos, o, en la otra parte del río, la Fraumünster, o iglesia de las mujeres, la más antigua: de los siglos VIII o IX. St. Peter exhibe un reloj de torre que, al parecer,



con sus casi nueve metros de diámetro es el mayor de Europa. En el ensanche, las casas jungenstil o art-déco se mezclan con edificios firmados por los grandes arquitectos contemporáneos, desde Le Corbusier a Calatrava. Los aficionados al arte, además, no deben perderse la Kunsthaus, el gran museo de la ciudad, cuyas colecciones de arte contemporáneo son verdaderamente soberbias. Los Giacometti, Munch, Kokotchka, Chagall, Bonnard, Kandinsky, Monet, Bonnard, Duffy, Miró, Bacon, Jasper Jones, Pollock y un largo etcétera de grandes nombres están representados en sus salas. Debido a la vocación iconoclasta del protestantismo zuriqués, menor peso tienen las salas dedicadas a la pintura y escultura de pasados siglos, donde destacan algunos paisajistas venecianos, como Guardi o Canaletto y las obras góticas de la escuela suiza llamada del clavel, porque siempre aparece en algún lugar del cuadro esa flor. El museo permanece atento a las últimas tendencias de la fotografía.

En verano, los cafés instalan terrazas callejeras y la gente se baña en las aguas del lago. Hay excursiones en barco por el lago, y también autobuses panorámicos que lo bordean. El paisaje, en los días claros, cuando se puede contemplar el imponente panorama de las cumbres de los Alpes recortándose en el horizonte, es soberbio. Para contemplar la ciudad desde lo alto, resultan muy útiles los funiculares, y también hay una bella postal sobre el río si uno se asoma al jardín de Lindenhof, donde al parecer nació Zürich y estuvo instalada la primera fortaleza romana. A espaldas de la estación central, se extiende la Langstrasse, la zona en que la ciudad enseña su sexo.

COMER Y BEBER

Es bien sabido que no hay una cocina propiamente suiza y que el carácter federativo del país se detecta también en los fogones. Costumbres gastronómicas germánicas, francesas o italianas predominan

respectivamente en cada cantón, quedando como un mundo levemente particular los Grisones. Indudablemente suizos son, sin embargo, algunos platos como la fondue -queso fundido en vino que se sirve en un recipiente hondo donde se empapan pedazos de pan-, o la raclette, un queso que se calienta al fuego y con cuya crema se untan patatas o pan, dos platos muy sencillos que hablan de una cocina campesina, y que expresan la extraordinaria importancia del queso en la despensa suiza, que -en un territorio tan pequeño, y con una población de apenas siete millones de habitantes- cuenta con más de ciento cincuenta variedades. A pesar de ello, cada ciudad presume de alguna receta propia, siendo la más característica de Zürich la Geschenetzeltes con rösti, un plato cocinado con finas lonchas de ternera guisadas a la crema (lo que los franceses llaman emincé de veau), acompañado con una tortilla de patatas crujientes. Es también delicioso cuando el emincé se prepara con hígado. Muy zuriquesa y, en general, de todo el país, es la afición por la charcutería, de la que se ofrecen en tiendas y restaurantes infinitas y, en general, excelentes muestras.

En el cantón de Zürich existe un viñedo de origen romano, en el que predominan los cultivos de variedades tintas locales (räuschling, mariafeld, gamaret y granoir) y de blauburgunder, también llamada clevner, que es una adaptación de la pinot noir. Los vinos blancos se elaboran a partir de esa combinación de riesling-silvaner que recibe el nombre de müller-thurgau.

En cualquier caso, y como reflejo de la importancia del flujo migratorio de los últimos decenios, hoy la cocina pública suiza posee un marcado carácter internacional, ya que, si en los años sesenta aparecieron los primeros restaurantes españoles e italianos, que revolucionaron los hábitos gastronómicos de los suizos, acostumbrándolos al consumo de aceite de oliva y, sobre todo, de pescados y frutos del mar, luego han llegado los árabes, hindúes, tailandeses, vietnamitas, coreanos o chinos, algunos de los cuales se encuentran entre los mejores locales de las ciudades.

El restaurante más estrellado (2 estrellas Michelin) y prestigioso de Zürich se encuentra fuera de la ciudad, en Küsnacht, y es el Petermann's Kunststube, sólida y refinada cocina y excelente bodega. El más célebre, sin embargo, es el Kronenhalle, un bello local de principios de siglo que practica una sólida cocina tradicional y que es un auténtico museo. De sus paredes cuelgan cuadros de firmas como Giacometti, Chagall, Braque o Tingely, y viejas fotografías de personalidades del mundo del arte, la cultura y la política. Una institución. Entre los más prestigiosos conviene no olvidar Sonnenberg (cuenta con una estrella Michelin), o lugares como el "ambiental" Münsterhofli. Son también muy prestigiosos los instalados en las antiguas sedes gremiales que hoy funcionan como lujosos restaurantes en los que la burguesía zuriquesa celebra sus actos (Zum Rüden, Zur Waag, entre otros). Entre las buenas braserías,

Zeughauskeller, un vasto y animado local, al estilo bávaro, con excelente charcutería, sólidos platos y una apreciadísima cerveza, o Kropf, decorado con molduras y pinturas al fresco muy antiguo régimen. Otro ejemplo de este tipo de restaurantes ruidosos, populares y de buena cocina es Johanniter. Son muy numerosos en todo el cantón. Los suizos aprecian también los restaurantes de la cadena Mövenpick por la correcta calidad de sus productos.

Buena parte de los locales de cocina emigrante se han instalado en los populares barrios situados tras el río Sihl, que últimamente se han animado con una interesante vida nocturna. Muchos de los viejos restaurantes obreros se han convertido en lugares más o menos de lujo. Hay buenos italianos como Piccoli Accademia, Il Giglio, o J.O.S.E.F. Entre los españoles, Bodega Española, Bodega Catalana y Ribó.

La lista de restaurantes que las guías califican como "exóticos" resultaría interminable. Sukothai, calificado con una estrella Michelin, es un soberbio restaurante tailandés. Ravi's Indian Cuisine y Maharaja Indian Restaurant están entre los mejores del subcontinente asiático. Sala of Tokyo está considerado como el mejor restaurante japonés. Libanon y Lawrence son libaneses. Suan Long pertenece a una familia china instalada desde hace tiempo en Zürich. Bambushain es coreano, y Vietnam ofrece la cocina del país cuya enseña exhibe. Las cocinas de truchas, salmones y otros peces (sandre, feras) de los ríos y lagos alpinos y también los del Mediterráneo constituyen la especialidad de restaurantes como Schiffli, o Le Poisson.

La ciudad cuenta con excelentes y bien surtidos wine-bar, en los que se puede comer y picotear como Caduff's Wineloft, Barrique y Caveau Mövenpick.

Entre los mejores bares-restaurantes y coctelerías, Carlton, Cranberry, Kronenhalle Bar, o Seehof Bar.

ALGUNOS LUGARES GASTRONOMICOS

Los grandes almacenes como Globus y Jelmoli cuentan con soberbias secciones de Delicatessen. Los chocolates y dulces más prestigiosos y cargados de historia son los de Sprüngli, cuyos escaparates y salones componen una auténtica explosión de flores al borde del colapso. Honold y Teuscher comparten ese prestigio de Sprüngli con sus magníficas elaboraciones. Y son excelentes los chocolates y la repostería del bello café Schöber.

Cafés recién tostados, pastas frescas italianas de elaboración propia, frutos secos y mermeladas: una soberbia selección de grandes productos del mundo se encuentra en Swarzenbach, un almacén fundado en 1864. Una extraordinaria provisión de quesos surte Mündesbacher y, muy cerca, también en la popular Marktasse, Bertschi hornea cada día decenas de panes diferentes. Los amantes del caviar lo adquieren en la Caviar House.

Armarios Bodega

OAK



Nuestros armarios bodega cumplen con todas las condiciones requeridas por el VINO para su conservación, envejecimiento y servicio a la temperatura correcta.



- SIN VIBRACIONES, SIN COMPRESOR
- SIN OLORES, SIN TUBERIAS
- TEMPERATURA UNIFORME
- HUMEDAD CONSTANTE
- OSCURIDAD ABSOLUTA
- BOTELLEROS INDIVIDUALES
- CONSUMO INFIMO (20 W)
- ARTESANIA EN ROBLE MACIZO
- IRROMPIBLES
- DESDE 40 A MÁS DE 500 BOTELLAS

OAK s.l.

c/ Segundo Anca, 2 MADRID 28023
Tel. 91 307 61 79 Fax 91 307 67 69
Móvil 607 888 749
<http://www.oak.es/>
oak@oak.es

Esta ciudad rezuma mucha actividad que se prolonga hasta bien entrada la noche. De cervecerías, restaurantes y cafés está bien surtida.